

# LA BROMA.

Año I.

Periódico satírico y mordiente;  
Saeta para sabios y estadistas;  
Moseardon para malos publicistas,  
Terror y espanto de la mala gente.

Lima, Abril 27 de 1878.

Publicacion que sale puntualmente,  
Con mas exactitud que usan los gringos,  
Los sábados... 6 hablando claramente...  
Las vísperas de todos los domingos.

Num. 28

## La Broma.

### ¡Ahí quedan las llaves!

¡Se vá! se vá LA BROMA,  
Benévolo lector!  
Esta vida es un baile en la maroma  
Y viene el batacazo á lo mejor.  
Del público favor vivió seis meses...  
(¡Vivir fué en este tiempo cominero!)  
Y acaso estaba para el año entero  
Su vida asegurada de reveses.  
No muere de pobreza  
Esta risueña dama:  
La matan la pereza  
De Jaimes, Neto y Miguelito Lama.  
Si á los siete bromistas Dios hubiera  
Dado por igual dósis la constancia,  
LA BROMA no muriera,  
Y eclipsára la fama de Numancia.  
Pena nos dá dejarte,  
Lector, que nuestra gratitud conquistas...  
¡Ay...! Los siete bromistas  
Nos vamos con la música á otra parte.

RICARDO PALMA.

## Ropa vieja.

### El judío errante en el Cuzco.

(TRADICION).

En 1856 el *tifus* hizo estragos en el departamento del Cuzco. Calcúlase en mas de cien mil el número de los que sucumbieron, víctimas de la epidemia.

El Gobierno envió, desde Lima, una comision de médicos, á órdenes del doctor Garviso, bien provistos botiquines, dinero y cuanto auxilio pudieran necesitar los epidemiados.

Si no estamos equivocados, desempeñaba la prefectura del departamento el General D. Juan Buendía.

A la sazón, era lectura muy popular, en el Perú, la novela de Eugenio Sue titulada *El Judío Errante*, y alguna casa editorial de Madrid ó de Barcelona habia hecho una edicion económica que, con profusion, circulaba en el país, amen de que el *Comercio* de Lima, en su folletín, publicara pocos años ántes la famosa novela.

Segun el escritor francés, el terrible flajelo conocido por *cólera asiático*, es obligado compañero en la eterna peregrinacion del zapatero de Jerusalem, á quien los pueblos españoles no llaman Ashavero, sino Juan-Espera-en Dios, viajero que, ateniéndonos á los cuentos de viejas, recorre el mundo llevando en el bolsillo una moneda romana equivalente á real y medio, capital tan inagotable, para el infeliz judío, como para nuestros bancos de emision la fábrica de billetes, á pesar

de las incineraciones y demás trampantojos fiduciarios.

A muchos de los habitantes del Cuzco se les encajó, entre ceja y ceja, que aquella espantosa cifra de mortalidad no era producida por el *tifus*, sino por la presencia del huésped que llevaba á cuestras la maldicion del Divino Maestro.

Una mañana presentóse en el pueblo de Zurite, á ocho ó diez leguas de la ciudad del Cuzco, un extranjero ante cuyo aspecto púsose en comocion el vecindario.

Era un hombre pálido, enjuto, apergaminado y de ceja tan espesa que casi parecia una raya negra sobre los ojos.

Las señas eran fatales. El hombre era el vivo retrato del Judío Errante descrito tan pintorescamente por Eugenio Sue.

Alborotáronse los vecinos de Zurite y el viajero fué á la cárcel, mientras sumariamente se resolvía lo que con él seria conveniente hacer.

En vano el infeliz dijo que era español, que se llamaba Francisco Anselmo de Mendoza, que habia estado en Jauja convalenciendo de una afeccion pulmonar y que, restablecido ya, no queria abandonar la sierra sin visitar ántes los monumentos de la imperial ciudad de los Incas.

—¿A nosotros con esas?—dijeron los de Zurite—No somos tan bobos! Maldita la falta que nos hacia su visita. Ya quedará usted escarmetado, compadre, y pagará por junto las que ha hecho en el mundo.

Y tanto por castigar al que fué despiadado para con Cristo en el camino al Gólgota, cuanto por vengarse del que estos creían portador de la peste, encendieron una hoguera en la plaza y achicharraron en esta al desventurado chápíro.

Con esto los de Zurite creyeron haberse conquistado la gratitud del universo.

En seguida, repicaron campanas, quemaron cohetes, se entregaron á grandes festejos y el gobernador ó alcalde pasó oficio á la autoridad en el cual los de Zurite felicitaban al departamento, porque, gracias á la energía de tan cristianos vecinos, la peste iba á desaparecer.

Y en efecto ¡vean ustedes lo que es la casualidad!

Desde que los de Zurite quemaron al *Judío Errante* no volvió á ocurrir en el departamento un solo caso de peste.

RICARDO PALMA.

Chorrillos, Abril de 1878.

### El cáliz de Santo Toribio.

(TRADICION).

Por los años de 183... el Señor Don Gregorio Cartajena, presbítero de mucha ilustracion y campanillas, como que alcanzó á ser hasta Consejero de Estado, llegó una tarde á un puebleci-

to de la provincia de Hnamalies, cuyo cura, despues de agasajarlo en regla, le dijo:

—Como ve usted, mi iglesia es pobrísima y mi curato de los mas desdichados en diezmos y primicias; pero así estoy contento, y lleno los deberes evangélicos de mi ministerio con cierta complacencia íntima; pues no hay en todo el Perú sacerdote que celebre el santo sacrificio con mas prendas de santidad que yo.

Por mucho que hizo el huésped, no puedo arrancar del cura palabras que aclarasen el sentido enigmático de su última frase. Despidiéronse, y el señor Cartajena pasó una noche de insomnio, dando y cavando en qué podrían tener de especial las misas de aquel buen cura.

Al dia siguiente el señor Cartajena, ántes de continuar su marcha, quiso celebrar misa. Dijo-lo al cura y este puso un gesto avinagrado. Manifestó que no tenía mas que un ornamento, que, de puro viejo, era hilachas; pero insistió Cartajena y el otro tuvo que ceder.

En efecto, revistióse Don Gregorio con una alba de género de algodón, amarillenta y llena de zurcidos, y una casulla de damasco en iguales condiciones de ancianidad.

En el momento de elevar el cáliz, que nada tenía de artístico ni de valioso, pues la copa era de una delgada lámina de plata y la base de cobre dorado, fijóse el celebrante en que esta tenía en la parte inferior, que descansaba sobre el mantel, la siguiente inscripcion:

SOY

del doctor don

TORIBIO ALFONSO DE MOGROVEJO

Granada.

Año de 1572.

El enigma estaba descifrado.

Sabido es que Santo Toribio recibió órdenes sagradas muy pocos años ántes de ser nombrado Arzobispo de Lima. Quizá aquel cáliz le sirvió para celebrar su primera misa.

Impiúsose entonces el señor Cartajena de que, cuando el santo arzobispo hizo la visita de la diócesis, encontró la iglesita de ese pueblo tan desprovista de útiles, que obsequió al cura, alba, casulla y cáliz.

Esta prenda no debia permanecer en un oscuro lugarejo de la sierra, y el señor Cartajena ofreció por ella al cura quinientos pesos. El digno párroco resistió energicamente á la tentacion.

Mas, corriendo los años, llegó uno de abundantes lluvias, y el techo de la iglesia vino al suelo. El pobre cura emprendió viaje á Lima, buscó al señor Cartajena y, entre lágrimas y sollozos, le pidió la suma que antes habia ofrecido por el cáliz, pues necesitaba de esa limosna para impedir que la iglesia de su pueblo acabase de derrumbarse.

El señor Cartajena aceptó con júbilo la propuesta, bajo la condicion de hacer todos los gas-



tos que la refaccion del santuario demandase, proveyéndolo de otro cáliz y ornamentos nuevos.

Poco mas de tres mil pesos le costó el cáliz de Santo Toribio.

Tal es la historia del cáliz que actualmente es propiedad del Ilustrísimo Arzobispo de Berito y Obispo de Huanuco.

RICARDO PALMA.

Lima—1877.

### Don Sebastian.

(AL DR. D. AURELIO ALARCO.)

¿De cuál de los tres quieren ustedes que les hable? porque habia tres D. Sebastian, que vivían pared de por medio, aunque en casas independientes; mas claro, en la calle de la Vireyna y contiguas á la casa que hoy sirve de colegio y que entonces era ocupada por el respetable señor D. Cayetano Vidaurre, Director de la Casa de Moneda y el hombre mas gordo de su tiempo, despues de Naña, habia tres tiendas y cada una de ellas tenia su Don Sebastian, ó, si ustedes gustan, cada uno de los tres Sebastianes ocupaba cada una de esas tres tiendas.

De los tres Don Sebastian, solo uno tenia ese tratamiento; los otros dos eran Maestro Sebastian, porque cultivaban las bellas artes, el uno como artista rapa-barbas, corta-pelos y sacamuelas, y el otro como sastre de obra fina; lo cual deja entender que hacia fraques.

El Don Sebastian á secas se dedicaba al comercio de viveres y curiosidades mas al por menor conocido en aquella época. Era *Cajonero*, cajonero, en la tésis de que tratamos, no quiere decir constructor de cajones; y para que ustedes se convenzan de ello, les diré: que una tienda pequeña en que se vendía pan caliente y frio, queso, velas, pajuelas, no químicas, hilo y agujas al menudeo, era un cajon; pero que no habia cajonero que se respetara que no vendiera tambien *leche vinagre*, artículo de gran consumo en una época en que la servidumbre de las familias acomodadas contaba muchas zambitas y negritas que se desayunaban con leche vinagre del cajon del barrio; y es de advertirse que ese artículo, que hacia la boga de los cajones y cajoneros, los arrastraba mas de una vez á la ruina y á la quiebra.

Cuando las negritas eran poco puntuales en el pago y dejaban hacer cargadilla; cuando entre todas las del barrio llegaban á deber tres pesos.... ¡cajon al suelo! ¡banca rota segura! ¡Cuánta diferencia entre esas quiebras de buena fé y por malos negocios, que en el pasivo se distribuía en pérdida del velero, panadero, pajuelero y lechera, cada uno de los cuales perdía, por junto, tres ó cuatro reales de plata, y las quiebras modernas en que los quebrados se sueldan y los acreedores se quedan con mas lengua que boca!

Aquí me pide el cuerpo una disertacion económico-financista y comercial.

Vamos á ella.

Ahora cuarenta años, poco mas ó ménos, un hombre que hacia grandes negocios, se encontró en embarazo para llenar sus compromisos; presentó sus balances al Consulado, su activo excedia en mucho á su pasivo; realizado el primero, fué cubierto íntegramente el segundo; pero quedó

en poco ménos que en la miseria. ¿Recobró por eso su antiguo crédito? Su esposa daba el tono á la sociedad de Lima, su casa era frecuentada por los hombres mas prominentes; sus banquetes y sus saraos reunían á todo lo aristócrata que por entonces vivía; pero todo esto era ántes de la quiebra; despues de ella se hizo un completo vacío al rededor de esa familia, ántes tan mimada y visitada. El hombre, de corazon y de energía, no se desanimó por ese contratiempo; pidió al trabajo el remedio contra la desgracia y contra la ingratitud; y esas manos, cubiertas ántes de guantes finisimos y que muchas veces habian echado onzas de oro en los vacíos bolsillos de sus amigos; esas manos, repetimos, se ocupaban en llenar de sebo derretido los moldes de hacer velas. ¡Había hecho quiebra!

Pocos años despues, otra quiebra, que por su enormísima importancia pecuniaria, CUARENTA MIL PESOS, conmovió los espíritus de todos los hombres honrados, arrastró al fallido á la locura; enterró el hombre el *pico*, hasta que su cuerpo bajó á la fosa, abierta por el pico del sepulturero. ¡Oh tiempos aquellos en que la disticosa moralidad tomaba parte en las acciones de los hombres! De entonces acá ¿cuánto progreso! ¿cuanta mejora!

Hoys se alza un deudor con el santo y la limosna, se embarca, fuga y sus bondadosos acreedores mandan al estrañero comisiones diplomáticas que le supliquen y rueguen que vuelva al pais y que no se espante con tan poco, porque el Perú tiene pecho para aguantar eso y algo mas y porque las leyes han sido hechas, no para los pícaros, sino para los tontos. A esa quiebra, que tan buenos resultados produjo, siguieron otras de millones y, (cosa rara y que acredita que en el Perú se hacen las cosas grandes y bien hechas cual conviene á una nacion civilizada), en muchas de esas quiebras los grandes capitalistas, que eran grandes acreedores, no han perdido un solo peso. Los pobres, los que no tenían mas fortuna que la que habian confiado á la honorabilidad del fallido, (siendo de notarse que el número de esos pobres era infinito), esos han quedado sin pan.

Para que, en la línea de lo grande, y en materia de quiebras, se diera al mundo un ejemplo *piramidal* y *mirobolante*, que el mundo no podrá nunca imitar, se presentaron á nuestro paternal gobierno los banqueros de la capital haciendo estas lastimosas y poéticas declaraciones:

1.º Que tenían en circulacion una respetable suma de billetes;

2.º Que el metálico que debía responder por el valor de esos billetes habia desaparecido de sus cuevas y sótanos por maleficio de ratas y ratones;

3.º Que por esta justísima causa, no podían amortizar sus billetes, si les eran presentados por algun odioso portador.

El susodicho gobierno paternal les contestó que no se lo decían á ningun sordo ni manco, y espidió un decreto, como de padre para hijos, ordenando que los bancos, puesto que no podían pagar, no pagaran porque, segun una regla de derecho romano—(*Ad impossibilia*)—nadie está obligado á hacer imposibles.

Dijo mas el mismo gobierno: Para morir de bala, tanto dá que sea de revolver de bolsillo ó de cañon prusiano; y en cuanto á lo de morir ahogado, el resultado es el mismo ahogándose en una tina que en el mar. Hecha esta reflexion,

que no peca contra la lógica, llamó á sí á los banqueros y les dijo: «Hijos míos, servidos estais; pero, como una mano lava á la otra, y gobiernos y banqueros hemos venido á este mundo para soportar nuestras recíprocas flaquezas y pedir que se nos perdone por nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, resulta que necesitando yo diez y seis millones mas de billetes que no han de ser nunca convertidos, me harían gran merced proporcionándome esa friolera.»

¡Los bancos Generosos hasta la cacha, dijeron: ¡Diez y seis millones! Pues allá ván diez y ocho! Que en tratándose de cosas no pagaderas hasta despues del día de la liquidacion universal, (juicio, en estilo llano), no nos duelen prendas, y mientras haya compañías de impresion de billetes de banco en el mundo, no nos ha de faltar Dios.

Lo hicieron como lo dijeron. El gobierno recibió diez y seis millones, sin pesarlos, y dijo: ¡á volar, pichones! Dijo tambien: pago á todos; pero empezó, como es de ley, por la mano y no alcanzó para dichos todos.

Los resultados económicos han correspondido maravillosamente. Ver hoy una moneda de plata cuesta tanto trabajo como besar el dedo gordo del Júpiter ordenado de San Pedro, en la Iglesia del mismo nombre, en Roma

Les efectos de sostenimiento animal, de necesidad intelectual y de lujo, valen mas que *un ojo de la cara*; porque nadie quiere en el día comprar ojos de la cara de otro y, en circunstancias apuradas, se prefiere los de cristal.

La cosa aprieta como el calor; pero, para que la injusticia humana resalte en todos los hombres de la desgraciada raza de Cain, pagan justos por pecadores. Los inocentes billetes; que no tienen quien les guarde las espaldas, son tratados como herejes. El gobierno les dá toston, eso sí, con la debida solemnidad, en una *vicharra* artísticamente hecha con ese destructor intento; pero les pone, mientras se convierten en cenizas, una respetable guardia de honor.

Es cosa que parte el alma oír los lamentos de los billetes cuando el fuego les llega á la palabra: *pagará*.

«¿Somos nosotros, dicen, los que debemos pagar? ¡Harto hemos sufrido en nuestro amor propio pasando de mano en mano, perdiendo nuestra limpieza, nuestro lustre y nuestra hermosura hasta vernos convertidos en una pura inmundicia! ¡Harto nos ha dolido sufrir tanto y tanto desprecio y ver que, si ántes, éramos cariñosamente recibidos y valíamos como cuate, hoy valemos como cuerno! Si hubiera justicia en la tierra, no seríamos nosotros los quemados, sino los que nos han tomado como medio de hacer la mamola al prójimo!»

A tal punto llega lo sentido de las quejas de los infelices billetes, que el hornillo que los quema se pone colorado de vergüenza, despues pálido de rubor y arroja por su chimenea, ú órgano respiratorio, un humo tan denso y tan negro como el que debe salir de una de las calderas del infierno.

Pero ¿quien compone el mundo? La injusticia reinará en él mientras no se invente cosa mejor, porque, en cuanto á justicia, solo hay que esperarla de Dios Nuestro Señor.

Concluida así nuestra disertacion económico-financiera y comercial, volvamos á nuestro Don Sebastian.



Pues, señor, ¡lucidos estamos para Sebastianes cuando no nos llega la camisa al cuerpo, de miedo del nebuloso y no muy remoto porvenir que se nos espera! ¡Bonitos estamos para hablar de vidas ajenas! No hay ni ha habido tales Sebastianes; lo que hay en el país es una especie de congoja que tiene á todos los hombres fuera de quicio; y lo que hay en mí es tal excitación nerviosa, que soy capaz de bailar sin música.

Con que, si ustedes quieren Sebastianes, háganlos, que lo que es yo no he conocido ninguno que valga la pena de ocuparse de él.

## II.

Dije á ustedes, amabilísimos lectores, que no había tales carneros, es decir, Sebastianes, y que lo único que existían eran bancos quebrados; pero no es cierto; que Sebastianes hay en el mundo, y muchos, y la única dificultad está en saber cual de ellos merece estar en LA BROMA.

Pero inútil trabajo me parece el de esa elección cuando tengo los tres de que antes hablé y es más fácil tomar á uno de ellos, que al fin, fueron conocidos míos; y si se ha de ocupar uno de alguien para sacar á luz sus vicios y defectos, generalmente se toma al amigo. Y la cosa es lógica. Al amigo se le trata con más ó menos intimidad y á veces se llega á tomar con él tal grado de confianza, que se le comunican secretos de toda clase y aún se le descubre las propias fragilidades. Ese es un capitalito que se vá á aumentar al capital de maledicencia que todo hombre debe tener para su gasto cotidiano.

Dá gusto ver á dos amigos que se ponen á hacer la disección de un tercer amigo común, y esa disección no se hará con más bisturí que la lengua, que es un instrumento que no enmohece, si no que cada día se afila más y más.

Pues esos dos amigos empiezan por alabar las buenas cualidades del tercero; cualidades que lo hacen apreciable y recomendable....; pero... como no hay hombre completo en este mundo, y como no puede haber cuadro de perfecto colorido sin sus respectivas sombras, esas cualidades tienen también sus sombras llamadas defectos; y como las sombras son siempre más negras que los demás colores, resulta que el amigo diseccionado suele quedar como para mandarlo a una lavandería.

Sentados estos principios, de que dudo mucho haya quien dude algo, vamos á ver.

Yo presenté á ustedes tres Sebastianes, dos artistas y un cajonero, vecinos de barrio y casas: ¿de cual quieren ustedes que me ocupe? ¿del raparbarbas ó del sastre?... ¿Del primero?... Pues para darles gusto, no hablaré de ninguno de esos dos, sino del cajonero.

Este sujeto era un sujeto de no avanzada edad, algo feo, y muy maltratado por la viruela. Los granujas que, en todo país del mundo, son el pie de Júdas, pues por lo visto este ciudadano debió tener más piés que un ciento-piés, viendo la cara del cajonero, tan llena de huecos y escavaciones, dieron en llamarlo de noche y de día *No Choclonos*. Además de su fealdad tenía las otras buenas recomendaciones de ser torpe, grosero, mal criado, y sobre todas estas, la de no querer fiar la leche vinagre ni á las más pintadas mulatillas del barrio. Esta última razón le produjo otro apodo, pues las negritas y mulatillas lo bautizaron con el de *el Judío de la esponja*.

Todavía hay más; en su calidad de hombre grosero tenía pendencias con todos los criados de las casas y con la demás gente pobre del barrio, y

armaba una de Dios es Cristo, siendo ya cosa sabida que él era siempre el agresor, pero siempre llevaba la peor parte; pues de uso y costumbre salía reverendamente zurrado; esta otra virtud le había acarreado el tercer apodo, puesto por la servidumbre, de *Boca dura*.

El cajonero, como ciudadano notable y en ejercicio, era subteniente de la Guardia Nacional, honra que él estimaba en mucho, y los días que vestía su elegante uniforme de paño azul con galones de plata, no había quien pudiera aguantarlo. En esos días se cerraba el cajón.

Sus nobles compañeros de armas habían notado que el subteniente Sebastian no cargaba cigarrillos, ni gastaba un real en algún pequeño obsequio, y que por el contrario estaba siempre preguntando: ¿Usted *pita*?, para buscar quien le satisficiera el vicio del tabaco sin gravamen de su presupuesto personal. Esta circunstancia motivó él que lo llamaran *Gorrero*.

Item más: como todo hombre de carne y hueso, sentía que bajo la tetilla izquierda tenía un órgano palpitante y sensible que le inspiraba ciertos afectos hacia los individuos del sexo de Eva.

Conociendo que la leche vinagre no era una industria que permitiera solicitar, en ese ramo, los bocados más exquisitos, tendía sus redes en los ríos más revueltos. Si en los primeros tiempos fué acertado y logró pescar algunas truchas, esa buena suerte no duró mucho tiempo, porque muy en breve se extendió su fama por el orbe, como la de los cigarrillos de Susini, y quedó establecido, como un hecho, que el cajonero era comunista y partidario intransigente del amor *gratis*. Sus antiguas aparceras dieron la voz de alarma á todos los círculos conquistables por el cajonero, y de allí nació para este el quinto apodo de *Hueso*.

Quedó así don Sebastian, á quien, por razones de alta política, no darémos su apellido paterno, sino el materno, en aptitud de poder llenar una tarjeta con los siguientes títulos: Don Sebastian Espinosa, *Choclonos*, *Esponja*, *Boca-dura*, *Hueso* y *Gorrero*.

Claro es que para alcanzar tantos nombres se necesitaba ser un rey godo, ó un noble portugués, ó tener muchas prendas; lo cual es mucho más honroso.

Conocido ya el hombre, pasemos á ocuparnos del acontecimiento más grande de su vida, que motivó la quiebra más atroz en que puede caer un cajonero y la muerte más triste que puede tener un hombre.

Un cajonero, oficial de la Guardia Nacional, aunque feo y *quiñado*, puede aspirar al santo sacramento del matrimonio. Don Sebastian echó cuentas consigo mismo y, convencido de que los amores mundanos y fugaces no hacen sino pervertir las pasiones, pensó en que nada podía ser más aceptable, á los ojos de Dios y de la sociedad, que formar una familia conforme á los preceptos de la iglesia. Dos dificultades se presentaban desde luego, para entrar de lleno en el proyecto y realizarlo cuanto antes. Faltaba dinero y faltaba mujer; y bien que, según los cánones, el primer artículo no sea esencial para cumplir con la iglesia, las corruptelas sociales han introducido el escándalo de que el dinero sea un elemento sin el cual no hay salvación posible en las tribulaciones de este mundo ni en las del otro.

Al fin de muchas diligencias, dijeron á D. Sebastian que nada era más fácil que encontrar la apetecida esposa. Que era de institución de beneficencia, que las huérfanas casaderas se diesen á

los hombres trabajadores y honrados, con un dotecito de quinientos duros, no necesitándose para el efecto sino producir una información sumaria, y verbal de *vita et moribus*.

Don Sebastian se puso en agitación para buscar testigos que abonaran su conducta; no le fué difícil conseguirlo, porque en cuanto á probidad no había nada que decir; así es que se le aceptó como candidato y quedó convenido en que sería presentado, con las formalidades de reglamento ante tres jóvenes que se encontraban en el estado de madurez necesario para el efecto.

Don Sebastian se hizo arreglar el pelo con su homónimo y vecino, quien, sabiendo de lo que se trataba, se esmeró en trabajar un moño artístico con sus alas de pichon laterales; todo bien peinado, bien asentado con grasa de oso blanco legítima, aromatizada al *jasmín*.

Compuesta y arreglada así la parte noble y superior del individuo, se puso su uniforme y su espada y se dirigió al lugar de la elección, no popular, sino singular. Pusieronle á la vista, una por una, las tres vírgenes que estaban en estado de encender el fuego sagrado; eran de diversas razas, aunque ninguna llegaba á la africana pura. En cuanto á belleza, dos eran regalo para desesperados, y la tercera, que era también la más blanca, podía pasar por bonita en cualquier pueblo civilizado. A esta echó naturalmente su más tierna y sentimental mirada Don Sebastian; pero la muchacha, al ver la cara del individuo, hizo una mueca capaz de helar al mismo hielo. Don Sebastian no se dió por aludido con ese puchero y entabló su demanda en forma. El Director de beneficencia, con el celo paternal que distingue á todo hombre que adopta por profesión la de ser benéfico, tuvo naturalmente su conferencia privada con la muchacha para conocer su voluntad, haciéndole una plática sobre la necesidad y conveniencia de tomar estado y sobre las obligaciones de una buena esposa y de una buena madre de familia. La muchacha se relamía de gusto; pero, cuando se le dijo que el hombre que la convenía era Don Sebastian, declaró de una manera formal que, aunque estaba de acuerdo en cuanto á todo lo que la había dicho el Sr. Director, no lo estaba en cuanto á esa conveniencia; que, aunque ella no era inteligente en las bellas artes creía que el original que se le presentaba no fuese la obra más perfecta de Dios en su línea; y que, como la cosa no era muy urgente, podía presentarse quizá algo más apetecible.

El Director no se dió por vencido. Diríase que Don Sebastian había sido tan simpático para él como antipático para la huérfana; cortó la conferencia, pero no la dió por terminada.

Inútil es relatar todas las exigencias del señor Director acerca de la chica; basta decir que este debió parecerse á aquel cura que se propuso adquirir un loro y que se ocupó exclusivamente en asediar al propietario, hasta el punto que este le dijo un día: "Señor cura, por saber de usted, soy capaz de darle hasta mi mujer."

El caso fué que al fin el Sub-teniente cajonero alcanzó, por primera vez de su vida, una victoria. Se casó con Martinita, y esta pasó, de huérfana, á esposa, comerciante y guardia civil.

Don Sebastian, como hombre sesudo, comprendió que quinientos pesos no daban para montar un gran menaje y se limitó á aumentar su comercio con algunos artículos nuevos y de lujo, con jabón inglés, almidón de yuca, muñecas y ovillos de hilo.



Decir el alboroto que produjo en el barrio la presencia de Martinita sería tan difícil como describir las patrióticas escenas de la reunión general de los clubesleccionarios. A D. Sebastian se le caía la baba de gusto; su cara era una cara de pascua florida; mientras que á la muchacha se le había puesto una cara de día de difuntos.

Los marchantes acudían al cajón á comprar cualquier cosa; pero la clase de clientes varió, mejorando notablemente. Mientras antes no se presentaban al cajón sino los domésticos del barrio, el aire de Martinita y su par de lindos ojos atraieron á los mocitos conquistadores de tres cuadras á la redonda. Parecía tan fácil sacar al Sub-teniente del corazón de su esposa, como un corcho de una botella.

El cajonero rebosaba de alegría; viendo la clase de concurrentes, entró en el comercio de cigarrillos, con lo cual aseguró una venta muy decente; siendo compradores precisamente los mocitos que no fumaban.

Este comercio ofrecía una doble ventaja; pues, al vender un atadito (que entonces no se usaban cajetillas), tenía cuidado de sacar un cigarrillo para pitarlo á la salud del comprador. Todo marchaba á pedir de boca, el comercio progresaba; el amor del cajonero aumentaba diariamente hasta un punto que amenazaba producir calentura, y el desafecto de Martinita iba también á proporcion tal, que no estaba lejos de tocar en odio. Maestro Sebastian, el barbero, decía á todos sus parroquianos: "La tienda de mi tocayo huele á cuernos." Maestro Sebastian el sastre, añadía: "Nada mas faltaba á mi tocayo que parecerse al diablo."

Nuestra buena república no ha padecido nunca de achaques de tranquilidad y de paz; y en aquellos felices tiempos de los tres Sebastianes vecinos, los patriotas, como los de ahora, andaban en zambra constante. En una de ellas se dispuso el acuartelamiento del batallón á que pertenecía Don Sebastian. Al recibir este la orden general, sintió, por primera vez de su vida, que tenía nervios y lágrimas. Tuvo convulsiones y congojas y mojó con su tierno llanto hasta las sábanas. Pero el honor lo llamaba y el deber lo compelia, y tuvo que separarse de Martinita, lleno de *llanto el semblante y de angustia el corazón*.

Aquí fué troya.....digo, aquí empezaron las desgracias del hombre que iba á defender á su patria y á sostener, con las armas, las instituciones.

No hacía dos días que el hijo de Marte había abandonado su nido de amores, cuando un desalmado pinganilla, guerrero de línea, atrevido, corruptor, inmoral, etc., etc., se presentó en son de ataque, en el cajón. Compró hilo, agujas, almidón, pajuelas y cuanto vió en mostrador y vidrieras. Sacó una onza de oro para pagar. Y no habiendo moneda para vuelto, ofreció regresar por ella.

Al despedirse lanzó á Martinita una mirada que la encendió de piés á cabeza. Martinita se puso colorada como una amapola, fría como un frasco de helados y, en una palabra, le pasó una cosa que ella no podía explicarse.

Los acontecimientos se desarrollaron con una rapidez increíble. Si mucho fué el trabajo que el Señor Director de beneficencia tuvo que emplear para hacer el matrimonio, muy poco fué el que tuvo el pinganilla para deshacerlo; así, antes de veinte días, las cosas tocaron á su fin... pero ¡qué fin, señores! ¡qué fin!

El sub-teniente iba apenas un cuarto de hora, todos los días, á ver su cajón y su mujer; aquel progresaba y esta, como nunca, le hacía tales mimos y carantoñas (¡qué serpiente!) que el pobre hombre creía que la ausencia iba inflamando de amor á su Martinita. ¡Pobre hombre!

Una noche, como á las siete y media, Martinita cerró el cajón, y se presentó al maestro Sebastian rapa-barbas; con la voz mas melosa y suave le dice: "Vecino, cuando venga mañana mi Sebastian, hágame usted el servicio de darle esta llave y de decirle que me he ido al hospicio, porque la abadesa está con cólico y me ha mandado llamar."

El vecino, meneando la cabeza, contestó: "Bueno, vecinita, así se hará, memorias á la abadesa; Dios le quite el cólico, y á usted.....que le vaya bien....."

No bien había salido Martinita cuando el barbero dijo: "No es mal cólico el que tú tienes ni el que aguarda al pobre tocayo."

Que los barberos son gente *non sancta*, es un punto que está fuera de duda; en el acto fué á buscar al sastre, á quien impuso de lo del cólico; ambos Sebastianes rieron hasta torcerse las mandíbulas. Y para que ustedes comprendan que en el mundo no hay peores enemigos que los tocayos y los vecinos, vean hasta dónde llegó la iniquidad y la dureza del corazón de esos Sebastianes tigres.

Ambos cerraron sus tiendas y se encaminaron á la portada de Ocoilarcas en donde, hasta ahora pocos años, había un elevado cerro de cuernos de carnero; recojieron como una docena y se regresaron á sus tiendas; abrieron la del cajonero y pusieronle un cuerno en el mostrador, uno dentro de cada vidriera; dos ó tres en la cama, y por último, uno sobre cada mueble.

Dábala el barbero de poeta improvisador, é invocando su número, escribió esta *décima* que dejó sobre el mostrador:

El hombre que fuere feo,  
Aunque tenga pechos tiernos,  
Si, por bruto, se enamora,  
Por bruto cargará cuernos.

Para que la perfidia fuera mayor, puso al pié de los versos:—*Martina*.

Consumada esta iniquidad, se fueron los tocayos á esperar los resultados.

Al día siguiente, entre una y dos de la tarde, llegó el sub-teniente y, al ver la tienda cerrada, tuvo una corazonada que casi le produce un aneurisma.

El picaro del sastre se le acercó con cierto airecillo burlón y le dijo: "No hay cuidado, tocayo, la niña se ha ido al hospicio porque la abadesa ha tenido un cólico y la ha llamado para que le aplique trapos calientes."

El sub-teniente no oyó mas; de un salto fué al hospicio, preguntó por la abadesa; presentósele esta y le dijo que no había habido tal cólico; corrió á casa del director de Beneficencia para ver si el cólico había tomado esa dirección.....y nada.

El hombre no era ya hombre, ni sub-teniente; era una máquina desorganizada y empezó él mismo á sentir los violentos síntomas de un cólico.

Regresó á su tienda en un estado lastimoso; abrió la puerta y, al fijar la mirada en el mostrador y ver el emblema de Amaltea, comprendió la enormidad, dureza y torcedura de su desgracia. Cayó sobre el mostrador como un árbol derribado por el aquilon; los tocayos lo llevaron á su cama sin sentido; el rapa-barbas, sin consejo de médi-

co, le hizo una sangría y se preparaba á sacarle un diente, para ver si con el dolor y el jalón volvía en sí, cuando se presentó un médico que había sido llamado por el sastre. El esculapio declaró el caso perdido y su pronóstico fué tan exacto, que no bien había acabado él de hacerlo, se sentó D. Sebastian en su cama llamando á Martinita. Cuando volvió completamente en sí y se vió rodeado por todas partes de esos instrumentos emblemáticos que habían colocado en los muebles sus tocayos, estuvo á punto de volver á caer, pero lo sostuvo la mano de Dios. De oír eran los consejos que sus vecinos le daban para que se conformara con la voluntad divina; pero el golpe era muy grande y estaba muy fresco para que tan pronto viniera el consuelo, que, como se sabe, es obra del tiempo.

Por fin, pasó el cataclismo; el cajonero tuvo que guardar dos ó tres días de cama y que dar aviso á sus jefes del mal estado de su importante salud, para que se le concediese una licencia.

En los primeros momentos no había comprendido el cajonero toda la inmensidad de su desgracia; creía haber perdido únicamente á la ingrata Martinita; pero esta lo había dejado mas limpio que una patena, apropiándose hasta el último real del capital de la sociedad conyugal y llevando su temeridad hasta el punto de robarle también el uniforme de parada, incluso la gorra y un espadín nuevo. El cajonero estaba pues engañado y quebrado.

Algo restablecido de sus males, se dedicó á buscar á la oveja descarriada, con mas tésón y constancia que Colón el Nuevo mundo; pero, ménos feliz que este, no pudo encontrar su *Salvador*.

Abandonó pues su empresa y se entregó á la mas negra melancolía. El cajón estaba cerrado y no se abría sino por las mañanas muy temprano y por las noches muy tarde, para que saliera y entrara el desgraciado Don Sebastian.

Los Sebastianes vecinos, almas endurecidas y poco compasivas, inclinadas á festejar el mal del prójimo, gozaban con la desesperacion y tristeza de su tocayo. Lo aguaitaban, en sus horas de entrada y salida, para preguntarle:

—¿Y?...¿Hay noticias de la paloma?  
—Ninguna, contestaba tristemente el *viudo*.  
—¿Se sabe quién fué el gavilán?  
—Ni palabra.

Por algunos días no se abrió ni se cerró la tienda á las horas acostumbradas; entraron en cuidado los vecinos, pero mas por mera curiosidad que por interés de la persona.

Un domingo se notó en la tienda de Don Sebastian una agitacion y un movimiento inusitados. El mismo Don Sebastian, plumero en mano, sacudía con entusiasmo los muebles; guardaba los cuernos de carnero, diseminados sobre esos, debajo de la cama. Destapaba botellas de aguardiente, vino dulce y mistelas de Rosa y de Perfecto Amor; arreglaba dos mesas pequeñas unidas para formar una sola, y las cubría de frutas, queso, salchichas, etc., cuanto basta para eso que hoy se llama, en *español*, LUNCH, y entonces *mesa de once*.

Como á la una del día principiaron á llegar los convidados; algunos compañeros de armas, comerciantes al por menor, un sacerdote, un boticario, etc.: total, veinte personas. Don Sebastian parecía gozosisimo; recibía á sus amigos en uniforme, y con una amabilidad que podía figurar en los salones de palacio; los tocayos vecinos trinaban de no haber sido convidados y echaban



por esas bocas tales cosas que, si hubieran sido cosas explosivas, habrían hecho saltar el cajón de Don Sebastian.

Ni los convidados, ni las personas del barrio podían explicarse el fin político de esa fiesta, ni la súbita transición del cajonero que, agoviado ayer por el peso de las desgracias de familia, estaba hoy tan alegre y tan festivo; en medio de varias conjeturas, había persona que lo declaró un filósofo de primera fuerza.

Completado el *quorum* necesario para dar principio á la chupa, todos los amigos tomaron el asunto tan á lo serio, que dos horas despues podría haberse considerado la trastienda del cajón como un rinconcito del mismo infierno; no había hombre que pudiese tenerse en pie, hasta el punto de que, á las cinco de la tarde, la escena representaba un cementerio... con la circunstancia de que, entre todos los cadáveres, habían organizado un concierto de cornabacetes y pistones.

La resurrección de las carnes principió como á las ocho de la noche, hora en que los convidados se retiraron mas contentos y satisfechos que los hijos de la viuda despues de una tenida, el día de San Juan.

A las once de la noche quedo solo Don Sebastian, y á esa misma hora le volvió la melancolia, pero con accesos de rabia y de desesperacion.

Mas de dos horas estuvo dando vueltas; manoseando unos objetos, arreglando otros; haciendo paquetitos de reales y pesetas rotulandolos; atando su ropa; en fin, en una agitacion vertiginosa.

Juntó la puerta exterior de la tienda, pero sin echarle llave ni cerrojo.

El dormitorio, es decir la trastienda, quedó alumbrada solo por una torcida de algodón, que ardia dentro de un vaso con aceite... El mas profundo silencio...

El lunes, como á las once del día, no había salido Don Sebastian de su tienda, y el sastre para quien no pasaba desapercibido ningun acto de la vida de su vecino, dijo al barbero: «El cor... está durmiendo todavía la mona...»

Como al pasar hubiera notado que la puerta no estaba bien cerrada, convidó al barbero para que, á pretexto de darle los buenos dias, fuesen á despertarlo. Así lo hicieron; entraron á la trastienda y... ¡horror!! Don Sebastian, el cajonero, sin mas ropa que una camisa de color y un gorro blanco, estaba colgado, como un racimo, con los ojos salidos de sus órbitas y una sesma de lengua fuera de la boca, de una viga del techo.

¡¡Cuadro!!

MANUEL A. FUENTES.

Lima—1877.

## Variedades.

### La sotana del Cura.

Hace tiempo que titubeaba entre guardar en la recámara de la conciencia un secreto para muchos, y una anécdota curioso sabida para muy pocos; pero es indudable, que así como un objeto de cristal dura poco en manos de muchacho, así un cuentecillo tiene que echarse á rodar mundo, poseyéndolo un surcidor de artículos.

Como á todo lo que puede obligarse á un hombre, ya ljero de boca ó largo de pluma, no es mas que á callar nombres que puedan comprometer, ó reputaciones que puedan venir al suelo, no mentando á estos ni tratándose de aquellos, no hay

miedo que por el milagro se descubra el santo.

En esta misma ciudad de Lima y en tiempos no muy remotos, cuando en su tradicional palacio gobernaba el Virey chapeton en todo el día, y los insurgentes en la noche y estaba la capital en una de no entenderse, las gentes pacíficas atemorizadas vivían á puerta cerrada y pocas, muy pocas, eran las que se atrevían á poner pie fuera de sus domicilios; pero había una señorona de saya carmela que, arrastrando peligros, atravesaba la ciudad entre dos luces, hasta dar en la tienda de un hojalatero, que no sé que tenía para la tal señora; pues que el muy zambo, cuerpo llovido, era un simplonazo tan súcio y asqueroso que en el barrio de la vice-parroquia de los Huérfanos, era conocido con el apodo de *No Ajiaco*. Pues señor, el tal Ajiaco, sin saber cómo, (no hay embarazo para decirlo), ostentó en su tienda un mulatillo, fruto maduro de la señora de la saya carmela; este Ajiacito engalanó la tienda y por la habilitacion se comprendió que se había pagado en buena moneda el plato de Ajiaco.

Voces corrieron en el vecindario, que mensualmente plata recibia el tronco viejo; para el sostenimiento del mamón. Felices tiempos aquellos, en que se pagaban bien los sacrificios de los hombres.

Pero dejemos á ño Ajiaco, con su queso y su manteca y vámonos sobre el mulatillo que es, por ahora, lo que nos interesa. El muchacho se desenvolvió en la trastienda y, mas tarde, en la tienda ya hacia rayos y soldaba *sombreros*... que en esos tiempos ya eran de mucho consumo.

Ya maltoncito y mataperro, cargaba faroles en la parroquia, repicaba con gusto y era una maravilla para el manejo de la sacristía.

El cura del Sagrario envidiaba los servicios de Mateo (que así era su nombre) y tanto hizo, que al fin logró que á pan y manteles les cojera la noche bajo un mismo techo; allí le enseñó el latín, instruyéndolo antes de otras materias precisas y, cuando sotana vistió, era un monigote de darle susto al miedo; y á tal punto llegó su crédito, que las gentes decían que accionaba por mano ajena.

Espedito como estaba Mateo en todo lo concerniente á su oficio, no llegaba á obtener órdenes sacerdotales, no por falta de inteligencia en el *dominus vobiscum*, sino por cercano que tenía al *dominus ajiacus*. El pobre tuvo una larga carrera de simple monigote, por las preocupaciones y escrúpulos de ciertos Ilustrísimos; pero, al fin, tocó en la buena y uno, ménos preocupado que los otros, lo hizo tan sacerdote en un dos por tres, como que cantó misa y le rociaron las manos las mozas del barrio.

El cura su protector vio logrado el fruto de su trabajo, como Ajiaco el de sus entrañas; entre los muchos consejos que el cura le dió, no era de olvidarse el de la sotana, pues que así le dijo:

Con sotana de lustrin  
Llegas á tener buen fin,  
Mas con sotana de raso  
Hay un riesgo á cada paso.

Mateo oyó los consejos del cura, "como el negro el sermón", pues que en cuanto empuñó curato, se echó á robar el mulato.

Y júzuese cuantos serían los escándalos cometidos por Mateo, que el mismo cura su protector, llegó á decir á su Ilustrísima, por Mateo, que el tal tenía *partidas de clérigo mulato*.

No hubo santo en el cielo ni obispo en la tier-

ra que le hiciera pagar los diezmos. El hacía negocio de todo, entraba por todo y se lo llevaba todo; y tanto sabía como cura de almas, que no había una á quien no le hubiera sacado la suya. Pues de Mateo cuentan que no solo tenía tarifa de entierros en su curato, pidiendo por cada cosa que de nuevo había, mayor precio, sino que, aun mas, la tenía para sermones.

Y así decía: Por una plática sencilla, de diez minutos, ocho con cuatro.

Si pasa de doce minutos, doce con seis,  
Con cita de los Santos Padres, un peso mas.  
Con trozo de evangelio, un peso por cada uno.  
Doce reales por cada texto latino.  
Sermón con coraje, precio convencional.  
Para hacer llorar, cinco pesos mas.  
Y con doce pesos, á moco tendido.

Como se ve con estas tarifas y la influencia del confesonario, Mateo hizo en pesos lo que otro cualquiera hubiera podido hacer en reales.

Muy pronto olvidose de los consejos del cura, y habiendo regresado á la Capital, despues de algunos años, para un concurso, lucía sotana de seda y hevilla de oro.

Hombre de pró y con el prestigio de los pesos, frecuentó, si nó el mejor círculo social, á lo mas á propósito para perder hasta el modo de andar. El vino al concurso, pero el *tresillo y el concurso de las muchachonas de arroz quebrado* lo desplumaron, á punto de tener la autoridad eclesiástica que suspenderlo de misa, por algun tiempo; reconciliado con la Iglesia, marchó á un curato á seguir ya una vida muy distinta, no sin dejar de recordar siempre aquello de

Con sotana de lustrin  
Llegas á tener buen fin,  
Mas con sotana de raso  
Hay un riesgo á cada paso.

V. MERIDA.

### El son de los Diablos.

Con motivo de la incineracion de Iscariote (el Doctor Don Judas), cuatro sujetos de credpas obligaciones, transformados en demonios, es decir con cuernos, rabo y demás adornos innatos en Lucifer, toman á cargo *cargar* al indicado Doctor y, para llevarselo como es debido, en toda forma de Derecho y no de camino torcido á los profundos y calurosos infiernos, lo conducen á paso de *canzan*.

Los diablos que no han tenido ocasion de honrarse con la amistad de Vadillo ni de Majin, bailan sin las reglas del arte coreográfico y desconocen enteramente el abuso de las castañuelas, razon por la que danzan al compás descompasado de un cajón rajado y un par de mandíbulas de burro y burra.

Para dar una idea exacta del son de los diablos, bastará que copiemos algunos versos infernales del distinguido poeta extranjero D. Fernando Velarde.

Helos aquí:

«Un éco vago,  
Fugaz retumba,  
De tumba en tumba  
Rodando vá.»

Los macuitos diablos recorren las calles de la poblacion, toman su trago en cada esquina, le



sacan una peseta a cada transeunte, mortifican á todo el que encuentran al paso, y se cuelan de rondón en la casa del prójimo para darle pascua quitándole algo.

La policia no se mete con los diablos y, antes por el contrario, los protege en todas sus evoluciones infernales.

ACISCLO VILLARAN.

### Judas (Don Iscariote.)

Todo el mundo sabe perfectamente que el caballero cuyo nombre encabeza estas mal trazadas lineas, hizo una de aquellas puercas que no es posible lavar ni con potasa.

No es del caso repetir que el referido sujeto entregó á su maestro; y todavia dándole un beso, para que la traición fuera mas vil.

La mala, peor y hasta pésima pasada de Iscariote ha dado lugar á que el pueblo católico lo exere de todo corazon, y para comenzar el hecho felon y sin ejemplo hace con su infame autor lo que sigue.

En la noche del jueves santo revisten á mi D. Juditas como á un sacerdote que va á decir misa cantada y le colocan en los labios tamaño aji mirasol.

Por supuesto que, apesar de ser la nacion judaica la que mejores rostros ostenta desde *illo tempore*, Judas que, á decir de las viejas, era un buen mozo hecho y derecho y que tenia una cara de aspecto decente y nada profano, aparece en el dia indicado mas feo que el mismo Picio y mas colorado que la sangre de un toro matrero.

Despues de puesto en exhibicion y habiéndose conseguido que Judas provoque la hilaridad pública en todos y cada uno de los templos, en donde lo constituyen personalmente el hazmereir de los muchachos, lo sacan el sábado de gloria con distinto ropaje á los cementerios de las iglesias, para que continúe la chacota y el género humano haga cera y pabulo de aquel personaje historico-literario.

Asi como suena: "*y literario*" he dicho porque esta segunda exhibicion aparece mi hombre como teólogo, es decir, como hombre de letras y con capelo doctoral y bonete, defleadoras negras y blancas.

Debería haber sido pues, á juzgar por las insignias, cuando menos Decano de alguna de las facultades de la universidad á que perteneció.

Probablemente el Doctor Don Judas sabría lo que se *pescaba* en su profesion de pescador, pero en cuanto lo graduaron de doctor en Cánones y Sagrada teología, ya el hombre se echó á perder enteramente; no tanto la vanidad cuanto la ambicion se desarrolló en el Doctor de una manera increíble, hasta obligarlo á recibir treinta reales en billetes del banco del Perú, por mas señas, y para qué? para amarrar y entregar á su divino maestro.

Los pulperos italianos de Lima, honrados sujetos á quienes saca de quicio toda accion indigna, enterados de las acciones vituperables del Doctor Iscariote, á quien ellos no reconocen como tal Doctor, porque saben de buena tinta que fué banquero, lo toman por su cuenta y lo cuelgan del pescuezo ahorcándolo al momento; pero como los honorables pulperos saben perfectamente y de memoria la biografía de Judas, y es exacto que tuvo relaciones extrajudiciales con la respectable matrona que le dió el sér, es preciso incine-

rarlo y prenderle cohetes desde la coronilla hasta las uñas, y esta operacion fogosa es la que vimos ejecutar con no poca sorpresa en la esquina de Monopinta. Allí la justicia humana, el dia anterior á la pascua de Resurreccion, redujo á cenizas al Dr. D. Judas Iscariote, orador de primera fuerza y teólogo consumido.

ACISCLO VILLARAN.

### Origen de los nombres de las calles de Lima.

(Continuacion).

ALDABAS.

El Conde de Superunda fué el virey mas virey que encontramos en los anales del coloniaje.

Tenia lo que se llama *don de gobierno*, adminiculo que le falta á mas de un gobernante de la época de la monarquía ó de los republicanos tiempos.

El Conde Virey, de acuerdo con el Arzobispo Barroeta, dispuso, en 1746, que las puertas de los templos tuvieran por la parte interior una aldaba en cada hoja, aldaba que, asegurada en la pared en su respectiva argolla, impedia que en caso de un temblor ó de un incendio, la multitud agrupada á la salida cerrara, á consecuencia de mismo agrupamiento, la puerta de la iglesia y no pudiera salir ese gentío.

Las aldabas se colocaron en todos los templos de Lima, sirviendo de modelo las construidas para la Catedral y que salieron del yunque de un herrero de gran fama, cuyo taller se hallaba en la esquina de la calle que hoy lleva el nombre de *Aldabas*.

Como ese entendido artesano construyó todas ó la mayor parte de las aldabas dichas, y era una especialidad en estos utensilios, colocó seis de ellas, como signos visibles ó muestras, en la puerta de la herrería y, aún cuando ésta desapareció, permanecen aún las *aldabas* sobre la puerta de la tienda en que funcionaba.

ALMA DE GASPAR.

Durante las agonías del coloniaje hubo un tal Señor Don Gaspar Rico y Angulo, hombre que venia á ser una especie de estuche; ese sujeto no dejaba eje por mover: él fué periodista, político, comerciante, y no teniendo mas que hacer con su cuerpo, fué empresario de las suertes, ó, como se decía entónces, remató la casa de la real lotería.

La casa de las suertes estaba situada en la calle de San Pedro Nolasco.

Don Gaspar Rico tuvo un fin trájico, pues fué de Lima por haber sostenido por la prensa algunas teorías liberales y murió en tierra lejana.

La casa de suertes siguió en sus faenas y casi todas las personas que compraban números ponian por mote ó contraseña: «El alma de Gaspar.»

Muy natural era, pues, que las suertes con este mote salieran en abundancia de la bola, razon por la cual el pueblo, que no se fijaba en la circunstancia que dejamos apuntada, tenia por milagrosa la alma de Gaspar, le erigió una repisa en donde ardia perenne una lámpara, y quedó bautizada con el nombre de «El alma de Gaspar» la calle conocida ántes por San Pedro Nolasco.

ACISCLO VILLARAN.

### Santa Rita.

Un aprendiz de pintor  
Trabajó una Santa Rita,  
Abogada de imposibles  
De nuestra humana familia.  
El cuadro no salió bueno,  
Sus facciones masculinas  
Hicieron en breve tiempo  
Cambiar la fisonomía.  
Y de la monja de Cacia,  
Con bigote y con patilla,  
Se hizo con poco trabajo  
Un San Simon Esquilita.  
Como el cuadro era á la aguada,  
Duró poco con su tinta,  
Y aún cuando hacia milagros,  
De muy grande nombrada,  
Y aumentaban los devotos  
Y los prodijios crecían,  
Detrás del santo varon  
La santa se descubría.  
Hizo uno de tanto bulto  
Que despertó la malicia,  
Y opinaron muchos fieles  
Que los pintores podían  
Hacer un mal positivo,  
Pintando como se pinta.  
Sabios conozco que tienen  
Ocurrencias peregrinas,  
De pensar como Simones  
Teniendo su Santa Rita,  
Y en los asuntos de prueba  
Los milagros se despintan.

### Cantar.

En esta misma manzana  
Vive la de la discordia,  
Una chica de ojos negros  
Muy astuta y trapalona;  
Como dicen en el barrio,  
La muchacha tiene historia.  
Es una cara bonita  
Y el corazon entre conchas;  
Es corazon de havichuela,  
Para enganchar vale sola,  
Tiene siempre á retortero  
Doce mozos que la rondan.  
Su mamá (que buena ha sido)  
Dice que ella es una joya  
Que por mucho que ella supo  
Esta la gana de sobra.

*De raza le viene al pico,  
Como al pavo real la cola,  
Araña que tiene tela  
Siempre enredará las moscas.*

Ya tiene el apostolado,  
Como quien dice, no es cosa,  
Que vaya sumando y siga  
Que le restará la escoria.  
No sé como una entre doce  
Pueda partirse la moza,  
Pues todos quieren enteros  
En lo que de ella les toca.  
Ella tiene para todos,  
Mas falta saber qué cosa  
Pueda partirse entre muchos  
ue codician la paloma.

*De raza le viene el pico,  
Como al pavo real la cola,*



*Pero el corazon que tenga  
En fritanga se lo coma.*

Cantan allá en Ayacucho,  
Que si fué muy ladron Caco,  
No sirve ya para taço  
Al lado de D. Perucho.

El cabo Perucho era un militarote, que mas mentía que comía y si comía era para seguir mintiendo.

Ladron mas que el gato, tanta fué su fama, que llegó á la celebridad en el departamento de ese nombre hasta el punto de cantar por calles y plazas la copla que se hizo célebre.

Al pasar por allí un generalote de mas reputacion con el objeto de venir á botar un gobierno que no era de su sabor, Perucho se puso en facha de hacer el bien del país haciendo el suyo propio. Así dicho y hecho, se le comisionó de proporcionar víveres y sostener el orden de cierto pueblecito.

Todo lo hizo como buen militar; pero él era buen documentario, y velis nolis por diez con que lo sostenía puso quince en revista.

De regreso el general, que conocia las buenas disposiciones de Perucho, despues de un discurso que éste le echó sobre sus servicios á la causa y sus deseos del triunfo, dijo: Creo haber cumplido con mi deber.

—Gracias, le contestó el general.

¿Cuántos hombres tiene el Comandante de la guarnicion?

—Yo, Señor Excmo., quince, respondió.

—Te pagaremos diez, Perucho, le dijo, y me voy largo, que tú tienes mas años de ladron que de servicios.

Ustedes levantan el ejército con la pluma.

Con dinero compro todo,  
Dijo un rico:  
Compre U. albarda y capachos,  
So polino,  
Le dijo una muchachona,  
Genio vivo.  
Con dinero sobra todo  
Siempre dijo,  
Con dinero á U. le falta  
Buen sentido,  
Les dijeron los que oyeron  
Este dicho.

Devota del niño Dios,  
Manonga la sacristana,  
No sé si por poco juicio,  
Pues era algo atolondrada,  
Llevó al niño por las calles,  
Y provista con su caja,  
Una limosna pedía  
A los fieles que pasaban.  
La muchacha no era mala;  
Pero al fin era muchacha.  
De tanto andar con el niño  
Al fin se encontró cansada,  
No sé en donde, ni se cómo,  
Llegó á hacer ella pascana,  
Lo cierto es que la robaron  
Niño, capilla y la caja.

La pobre vivió muy triste,  
Tan triste y desconsolada,  
Que un carpintero prolijo,  
Robusto y de buena facha,  
Con ayuda del cepillo  
Y herramientas afiladas,  
Le hizo un niño tan precioso  
Que al regresar á su casa,  
Vivió el resto de su vida  
Muy contenta y consolada.  
Fué un milagro tan patente  
Que no hubo mujer cristiana,  
Que no dijera por ella,  
Que la salvó la confianza.  
Muy bueno es pedir limosna  
Para los santos y santas,  
Pero no ir en romeria  
Donde hay gentes que mal hagan.  
Eso opino yo, que muchas  
Pueden regresar chasqueadas,  
Que no hallarán carpinteros  
Que ayuden en la desgracia.

V. M.

### **Pistola mu respetuosa dun chavó á su señó pare.**

Amao pare y señó:  
El objeto desta carta  
E que estoi sintiendo amó  
Y una mujé mace farta.  
En cuanto ar pueblo llegué  
Llamao de San Jinojo,  
Una chabala topé.  
Que se me entró po un ojo.  
Y como no soi é barro,  
Sin jandá en requilorio,  
Le jice á boca é jarro  
La prepuesta é casorio.  
A boca é jarro, señó,  
Me jesplico é lo fino,  
Porque tomamos lo do,  
En un mesmo jarro, vino;  
Y no se puso enojá,  
Pue, po favorable estrella,  
Parece que está cansáa  
La niña de se doncella.  
Ma con el rostro encendió  
Claro me ejó intendió  
Que si yo soy su marío  
Ella sera mi mujé.  
Dempué de todo arriglaio  
Tubo cacerle sabé  
Que no pueo ser casao  
Sin er permiso dusté.  
Y ella tambien me espicó  
De cómo, cuándo y po qué  
Debe jablá á un Señó  
Con quien tiene...no sé qué.  
La moza é de richupete  
Y está tan bien compartía,  
Que, aunque á mi no me compete,  
Jaré su *Tofografía*.  
No me pueo resigná  
A jablá é su ermosura  
Sin pretendé bosquejá  
Su solia alquitetura:  
Comienzando po el pelo  
Quen la cabeza le sale  
Dúo mucho quen er cielo  
Jaiga cosa que lo ignale.  
Es tanto, y es tan jermoso,  
Y tan bonito se enrea,  
Es tan prieto, y tan lustroso,

Como gusano é sea.  
Sigue una frente ¡Señó!  
De prefecion tan cabá,  
Que é imposible que Dió  
Pudía jacé otra igná.  
Siguen dos ojo que jecha  
Unas chispas é tal brillo,  
Que pueen serví é mecha  
Páa encendé cigarrillo.  
La nariz es tan perfleuta,  
Puntiagúa, prefilaa,  
Y está ademá colocáa  
En una linia mu reuta.  
Pus ya le mando trabajo  
Al pintó mas escelente  
Que quiea pintá los diente  
Ma blanco que diente dajo,  
Encerraos en su boca  
Tan recogía y graciosa,  
Que tiene así...cierta cosa  
Que no sé á lo que provoca.  
Y luego dempué, todo eso  
Se coloca duna pieza  
Debajo é la cabeza,  
Pero en cima der piscueso,  
Y escansa bien emparmao  
Sobre la esparda y el pecho,  
Y sin ejar nengun trecho  
Que nosté bien rellenao.  
Sobre er pecho á los costao  
Tiene, pare y Señor mio,  
Cosa que dan calofrío  
Aunque er pecho este tapao.  
Dempues sigue la cintura,  
Mas abajo la caera,  
Y de mirála siquiera  
Me siento con calintura.  
En fin, paa terminá,  
De la cabeza á los pié,  
Es esa moza, mujé  
Jermosa á carta cabá.  
Y su carauter infiero  
Ques suave como la mié,  
Flagrante como un clavé  
Y mansa comun cordero.  
Conque si á usté le conviene  
Y la bendicion me dá,  
Antes desta Navidá  
Lo ménos do nieto tiene.

### **Rimpuesta quea dao el padre inritaio.**

¡Muchacho! ¿Estás aburrío?  
Ya tu papé recebi,  
Y no pueo consentí  
Que seas jijo y marío.  
Sigun se esprica el Dotó,  
Too mozo de tu edá  
Tiene *pitris potiestá*,  
Y ese potiestá soy yo.  
Conque marcha en otra via  
Y espáchate pa gorré,  
Poque si no tago trae  
Con la mesma pulicia.  
¿Sabe tú lo ques casaca?  
Hombre, ánte que tal jaga  
Piele á Dió que te sarga  
Mas cachame ca una vaca.  
Te lo voy á jespriá  
Con toita la esperencia  
Que me ejó en la concencia  
La dejunta tu mamá.



Fué como sigue... Teresa,  
 Tu mare, jué una rial mosa  
 Tan pulja y jacendosa  
 Comuna Señá Marquiesá.  
 Siendo yo su pretendiente  
 La ije, un dia, ¡¡Saláa!!  
 Y me dió una gojetáa  
 Que mizo escapí tre diente.  
 De sé su novio ice voto  
 Poque ije: esa mujé  
 Tar vertu debe tené  
 Que risista un terrimoto.  
 Dempué de briegá y briegá,  
 Logré, profiando, vencé,  
 Ma la lucha vino á sé  
 Un combate é Triafalgar.  
 Me tiene, pué, ya casao;  
 Dentré en la luna de mié,  
 Pero pronto mencontré  
 Con esa mié impanturrao.  
 A los dos mese cabale,  
 Me ijo la causta esposa,  
 Que sigun iba la cosa  
 Precisaban lo pañale.  
 Y á los tre mese preciso,  
 Con grande procaecidá,  
 Aumentó la vicindá  
 Der pueblo con do mellizo.  
 El caso argo me chocó,  
 Y pa sali de la dúa,  
 Me endirgué con direchna  
 A la casa del Dotó.  
 Cuando ie hube parlao  
 Poniendo mi pecho á flóte,  
 Agarró, cojió un librote  
 Y liyó con gran enidao.  
 Se queó refizionando,  
 Y ar cabo de uno menuto,  
 Me ijo quen ese punto  
 Er libro estaba cantando.  
 Y que er asunto en cuistion,  
 Sigun como escrito está,  
 Era cosa de la edá  
 Y tamién de listacion.  
 Quen el tiempo é varano  
 Er fruto maúra pronto.....  
 Y que yo no juera tonto...  
 Y luego, estiró la mano.  
 Como lo ijo la cencia  
 Cojí amó á lo cachorro,  
 Y casi llórabá á chorro  
 Daver tenió dudencia.  
 Como á lo seis mese deso,  
 Tuve una *liem-piendencia*,  
 Dentró la *jurq-prudencia*,  
 Y me tuvo un año preso.  
 Pues ese dia que yo  
 La carcer abandoné,  
 En cuanto á casa llegué  
 Mi mujé parió otro do.  
 ¡Várgame Dios y Señó!  
 ¿Por quesa ritardasion,  
 Si la primera ocaision  
 Fué la cosa por vapó?  
 Gorví á vé al profesó,  
 Y otro libro rigistrando,  
 Y ma luego meitando,  
 Me ijo: pue sí Señó;  
 Er asunto é la quistion,  
 Sigun como escrito está,  
 E, la cosa é la edá  
 Y tamién de listacion.  
 Po que en er tiempo é frio

Tarda er fruto en madurá,  
 Y arguia véce está  
 Arrugao y jasta encojio.  
 Unque yo náa sabia  
 De esa cencia seerenta,  
 Que trata de lo planenta  
 Y llaman gatronomia,  
 Alla entro er corazon  
 Argo destraño gorpeaba,  
 Y á mí mesmo me llamaba  
 Un reveriendo cabron.  
 Y cuando arguno ar mirame  
 En er pueblo, se reía,  
 A mí gana me venia  
 En un jarbo de corgarme.  
 En fin, y ante de llegá  
 A la tercera idiccion  
 De otra fruta distacion  
 Y otra cosa de la edá,  
 A mi costilla queria,  
 Y tu mare respetaa,  
 La calentura pegaa  
 Se la llevó á lotra vía.  
 Conque, muchacho, ya ve  
 Lo que quíe ici jesposa;  
 La mujé es una cosa  
 Que naiden sabe lo que é.  
 Ejate de ojo y de pié  
 Y de cintura y caera,  
 Queso tiene cualisquiera  
 Sea Jespañó ó Inglés.  
 Güelve á tu casa, chávó,  
 Que tenemo que jace,  
 ¿Qué mujé te va a queré  
 Con el afiento que yo?  
 Mas si no ascuchas ar pare,  
 Muchacho, y te me esliza,  
 Te prometo una paliza  
 Po el arma de tu mare.  
 Y as de saberte tamién  
 Cás de quear en pellejo  
 Pus mis teneres los dejo  
 A las monjas de Bilen.  
  
**Er prefento pistolario.**  
  
 CONATE PAA ISEQUIA.  
 El fijascrito y su esposa  
 Tienen el gran sintimiento  
 Danuncia que su jumento  
 Como caaver riposa  
 Y agracicio serán  
 Si usté quiere concurrí  
 A la jexequia es deci  
 Al intierro que larán.  
  
 PATRICIPIO E CASORIO.  
 Pretonila la doncella  
 Sea casao con D. Miguel,  
 De lo cuá resulta quel  
 Está casao con ella.  
 Y lo pratecipó á usté  
 Po lo que puea importá,  
 A juin que la vicindá  
 Sepa lo que ebe cré.  
  
 RICIBO DARRIENDAMIENTO.  
 Coste po el documento  
 Que yo el infra que suscribo  
 Dejo firmao un ricibo  
 Po el dicho arrendimiento.  
 Que ma pagao D. José,  
 Po el cuarto en que demoa,

En junto con su Señoa,  
 Doña Rita Palomé.  
 Y paa que si p siacaso  
 Otro ebrale pritenda  
 Le doi el ricibe en prienda  
 Pascua, Simon Villavaso.  
 ORDEN PAA COMPRÁ.

A la güerta del correo,  
 Sírvase usté despedirme,  
 Sigun paa mi deseo,  
 El gusto de suscrebirme.  
 Der mesmo del otro dia  
 Sei metro de longaniza,  
 Tres libra despeceria  
 Y género pa camisa  
 Si quisiera usté mandarme  
 Pape paa cocurucho,  
 Y una moza pa casame  
 Se lo destimara mucho.  
 Lo cojete que mandaron,  
 En mese ante pasao,  
 Solitos se riventaron,  
 Creo queestaban mojan.  
 Ya yo é pagao la fractura  
 Que me trujo el Nacareno:  
 Con que conservese güeno,  
 Y uste mande a  
 Juan Ventura

**HOJAS DE COCA.**

TOMO 2.º

**Artículos húmedos.**

De venta en la librería de Don Benito Gil, calle de Bodegonos.

**VERBOS Y GERUNDIOS**

FOR

RICARDO PALMA.

Edicion de Madrid. — Un tomo.

De venta en la librería de Benito Gil, calle de Bodegonos:

**“LA BROMA”  
 ADMINISTRACION.**

En la calle de la Botica de San Pedro, Núm. 72, de 8 á 10 de la mañana.

**Sumario.**

Ahí quedan las llaves, RICARDO PALMA.—El judío errante en el Cuzco (tradicion), RICARDO PALMA.— El cáliz de Santo Toribio (tradicion), RICARDO PALMA.—Don Sebastian, MANUEL A. FUENTES.—La sotana del cura, V. MÉRIDA.—El son de los Diablos, ACISOLO VILLARÁN.— Judas (Don Iscarote), ACISOLO VILLARÁN.—Origen de los nombres de las calles de Lima, ACISOLO VILLARÁN.— KALEIDOSCOPIO.—Santa Rita, Cantar, etc. etc.